

CAPÍTULO III

LOS AÑOS DE ZARAGOZA

José Orlandis Rovira

Catedrático emérito de Historia del Derecho de la Universidad de Zaragoza

1. Un paseo por la ciudad

En el mes de abril de 1951 el fundador del Opus Dei hizo una breve visita a Zaragoza. El Colegio Mayor Miraflores había iniciado su andadura en aquel curso académico 1950-1951 y se acercaba la fecha de la inauguración oficial, que tendría lugar en el siguiente mes de mayo. San Josemaría Escrivá de Balaguer había impulsado con particular interés la creación del colegio: alentó desde el primer momento al pequeño grupo de universitarios y profesionales de Zaragoza que promovieron su construcción y siguió atentamente el desarrollo de las obras desde Roma, su residencia habitual. Ahora aprovechaba un viaje a España para conocer el edificio y sus instalaciones –y también a los colegiales– en vísperas casi de la ceremonia inaugural, a la que, como fue costumbre suya en ésta y en otras parecidas ocasiones, no tenía desde luego intención de asistir.

El Colegio Mayor Miraflores –no es posible olvidarlo– representaba mucho para san Josemaría Escrivá. Era la primera obra corporativa del Opus Dei en Aragón y eso tenía un especial significado para él, que en su corazón de hombre universal reservó siempre un lugar de predilección para su tierra nativa. Pero Miraflores era además una institución universitaria radicada en Zaragoza y él había sido alumno de la Facultad de Derecho de su Universidad, y de Zaragoza, donde permaneció durante siete años, guardaba recuerdos, para él siempre actuales, que correspondían a momentos estelares de la historia de su vida. En aquella ocasión –un día de primavera de 1951– sintió con fuerza el deseo de evocar su época de estudiante y sacerdote novel y pidió a Manuel Botas, que trabajaba en la instalación del Colegio Mayor –y también a mí–, que le acompañásemos a recorrer, aprovechando las horas tranquilas de la noche, algunos lugares especialmente relacionados con sus años de juventud.

Zaragoza hace cincuenta años era todavía una tranquila ciudad de provincias. A las diez y media de la noche las calles estaban ya casi desiertas y sólo volvían a animarse transitoriamente una hora más tarde, a la salida de la última sesión de teatros y cines. El «padre» –como solíamos llamarle– y sus acompañantes bajamos por el paseo de la Independencia hasta la plaza de España y por la calle de Alfonso llegamos a la plaza del Pilar. Un silencio solemne envolvía la gran plaza y la mole imponente de la basílica. El padre estaba visiblemente conmovido, recogido en oración. Luego nos recordó que allí había celebrado la primera misa y que mientras vivió en Zaragoza nunca faltó a la diaria cita con la Virgen. Y añadió todavía que una noche, gracias a su amistad con uno de los sacerdotes que cuidaban del templo, llevado de su amor filial cometió una travesura, de esas que sólo a los niños se consienten. Se quedó en el interior del santuario después de cerradas las puertas, subió la escalera de la Santa Capilla y se atrevió a hacer lo que únicamente estaba permitido a los «infanticos» o a los grandes personajes de la Tierra: besar con sus labios la imagen y el manto de Nuestra Señora. No le quedó ningún remordimiento. ¿Cómo no había de agradar a la Madre la audacia del joven seminarista, que quebrantaba las reglas pero que sólo pretendía expresarle su cariño de hijo?

Seguimos caminando hacia la plaza de la Seo: «aquí venía a clase todos los días», nos dijo al pasar por delante del seminario conciliar; «aquí me tonsuró, a mí solo, el Cardenal Soldevila», siguió diciendo al llegar frente al palacio arzobispal. Dejamos atrás la Seo y tras recorrer buena parte de la calle de San Vicente de Paúl llegamos por fin al seminario de San Carlos. Allí, ante el viejo caserón y la iglesia, cerrados a cal y canto a una hora tan intempestiva, nos detuvimos un buen rato. Para san Josemaría aquel lugar estaba lleno de recuerdos. Allí había vivido durante cinco años, allí se había preparado para el sacerdocio. La acción divina de la gracia y la generosa correspondencia humana habían ido moldeando durante aquellos años de «Prehistoria» del Opus Dei al instrumento escogido por Dios para realizarlo. Habló el padre de sus ratos largos de oración desde la tribuna cercana al Sagrario y de las alegrías y penas que allí hubo de confiar al Señor. Pero contó también cosas divertidas de la convivencia colegial, anécdotas de la vida del seminario, y mencionó con particular afecto el nombre de don José López Sierra, el entonces rector de San Carlos. Pero era ya muy tarde y hubo que regresar a Miraflores. Siete años de vida del fundador del Opus Dei en Zaragoza parecieron recobrar actualidad renovada durante el par de horas que duró aquel

paseo nocturno. Como tuve la suerte de acompañarle me ha parecido que la evocación de aquel entrañable episodio podía venir bien para encauzar estos recuerdos.

2. En el seminario de San Carlos

Tras el fallecimiento de don Rigoberto Doménech, que había iniciado un largo pontificado en 1925 –el año de la ordenación sacerdotal de Josemaría Escrivá–, fue nombrado para sucederle en la Sede metropolitana de Zaragoza don Casimiro Morcillo, primer obispo entonces de la recién creada diócesis de Bilbao. Una profunda amistad, que se remontaba a tiempos anteriores a la guerra civil, unía a san Josemaría Escrivá de Balaguer con el nuevo arzobispo. No es por tanto de extrañar que en el primer viaje que hizo a Zaragoza san Josemaría fuese a visitar a su viejo amigo, que en ocasiones posteriores quiso incluso que se hospedara en el palacio arzobispal. En aquella ocasión acompañé a palacio al fundador del Opus Dei –y a don Álvaro del Portillo, que había venido con él– y fui testigo de la larga y cordialísima conversación del fundador de la Obra con don Casimiro. Y recuerdo que en un determinado momento san Josemaría hizo una pregunta que nos cogió a todos por sorpresa y antes que a nadie al señor arzobispo: «¿Existirá todavía la capilla donde el cardenal Soldevila me tonsuró en septiembre de 1922?».

El recuerdo de los años de Zaragoza emergía otra vez en la memoria de san Josemaría. El 28 de septiembre de 1920 el joven Josemaría había llegado a la ciudad para incorporarse al seminario de San Francisco de Paula, instalado en las plantas superiores del caserón de San Carlos. Venía tras haber hecho los estudios de Filosofía e iniciar los de Teología en Logroño, que ahora iba a proseguir en el seminario conciliar caesar-augustano de San Valero y San Braulio, que ocupaba un edificio pared por medio con el palacio arzobispal. Zaragoza contaba además con Universidad y esta circunstancia tenía también que ver con el traslado.

Habían quedado atrás, por la llamada de Dios, los antiguos planes de Josemaría de hacerse arquitecto. Don José Escrivá, pese a que la decisión del hijo varón de ordenarse sacerdote echaba por tierra los proyectos de poder contar con él para rehacer el futuro familiar, no puso trabas a la llamada de Dios; más aún, en lo que estaba en su mano le facilitó generosamente el camino. Pero le hizo un ruego al que el hijo no podía negarse: que aunque ello hubiera de exigir a la familia no poco sacrificio, a la vez que los estudios eclesiásticos, y al ritmo que éstos lo permitieran,

hiciera también la carrera de Leyes. En Zaragoza y en su Universidad, Josemaría podría cursar la carrera de Derecho.

En Logroño Josemaría había hecho los estudios de Filosofía en el seminario como alumno externo. Ahora en Zaragoza, donde se disponía a comenzar el segundo año de Teología, viviría como interno en el seminario de San Francisco de Paula. Era un cambio importante en su existencia el pasar del hogar familiar al régimen de vida de un seminario español de hace tres cuartos de siglo y él era bien consciente del paso que daba. Por eso, quizá, en el momento de cruzar con su equipaje el umbral de San Carlos hizo un gesto que, pese a su apariencia intrascendente, podía estar lleno de significado: entregó al portero, que las recibió asombrado, las pipas y el tabaco, todo el aparejo de fumador. Era como un signo de ruptura con pequeñas aficiones, expresión visible de la seriedad con que se disponía a emprender esta nueva singladura en el camino hacia el sacerdocio.

No corresponde hacer aquí un relato pormenorizado de los años en que Josemaría Escrivá fue seminarista en Zaragoza. Importa, sin embargo, resaltar que sus cualidades no pasaron inadvertidas al gran prelado aragonés que regía entonces la archidiócesis de Zaragoza, el cardenal Juan Soldevila. El cardenal, buen conocedor de los hombres, decidió nombrarle «superior» o inspector del seminario de San Francisco de Paula, un cargo de confianza que llevaba consigo el deber de colaborar en la formación de los estudiantes del propio seminario, especialmente en lo que se refería a disciplina, conducta y estudios. Josemaría, que en el verano de 1922 había terminado el tercer curso de Teología, no era todavía clérigo. Por eso el prelado decidió conferirle la tonsura clerical y esa fue la razón de la ceremonia a que aludió san Josemaría en su conversación con el arzobispo Morcillo.

El fundador del Opus Dei recordaba con todo detalle aquel acto, que tuvo lugar el 28 de septiembre de 1922. Fue en la santa misa que el cardenal celebraba a primera hora de la mañana en una de las capillas de palacio. Josemaría recibió la tonsura él solo y además en presencia de un solo testigo: Manuel, el criado de confianza del cardenal, que le ayudaba habitualmente a misa y a quien los seminaristas llamaban en broma con el sobrenombre de «Dios»: «porque lo veía todo, lo sabía todo... y se llamaba Manuel».

En los años cincuenta el palacio arzobispal de Zaragoza no había sufrido todavía reformas de importancia pues éstas no se emprendieron hasta el pontificado de don Pedro Cantero. Puede decirse, pues, que

seguía prácticamente igual a como estaba en tiempos del cardenal Soldevila. Don Casimiro se levantó y comenzamos el recorrido de las distintas capillas existentes en el edificio. Entramos en dos o tres y apenas abierta la puerta san Josemaría decía sin la menor vacilación: «Aquí no fue». «Habrá que ir, pues, al ala del edificio que da al río, donde también hay alguna capilla» –dijo don Casimiro ante la inutilidad de las pesquisas–.

La fachada del edificio que mira sobre el Ebro está orientada al norte. Los arzobispos de Zaragoza en aquella época no tenían costumbre de salir de la ciudad en verano y para defenderse de los calores estivales se trasladaban durante los meses de la canícula al ala norte, que es la parte más fresca del palacio. Seguimos a don Casimiro a través de algunas estancias espaciosas y destartaladas y llegamos a un gran salón en cuyo extremo aparecían unas puertas altas y de doble hoja. Abrió las puertas el arzobispo y nos hallamos ante el altar de una capilla de muy poco fondo, en el que la misa se celebraría de ordinario teniendo abierta la entrada del salón. Sin la menor sombra de duda san Josemaría dijo inmediatamente: «¡Aquí fue!». Y poniéndose de rodillas recitó en voz alta y en latín la fórmula de la plegaria litúrgica que el candidato decía al recibir la tonsura: *Dominus pars hereditatis meae et calicis mei: Tu es qui restituis hereditatem meam mihi.*

El joven «superior», una vez tonsurado, comenzó a vestir el traje sacerdotal, como lo acreditan las fotografías de la época. Un mes más tarde –en octubre– Josemaría recibió –también de manos del cardenal Soldevila– las llamadas entonces «Órdenes menores», por las cuales le fueron conferidos los ministerios de ostiario y lector, exorcista y acólito. El curso 1922-1923 estaba destinado a terminar de modo trágico: el 4 de junio un atentado anarquista segó la vida del cardenal Soldevila, acribillado a balazos en su coche frente a las escuelas que las Hijas de la Caridad atendían en «El Terminillo». Con profunda emoción Josemaría pasó la noche en vela ante el cadáver de su arzobispo.

3. La ordenación sacerdotal

Josemaría Escrivá comenzó sus estudios civiles en la Universidad de Zaragoza en septiembre de 1923. Aprovechó las vacaciones de verano para preparar las asignaturas de Filosofía y Letras, que entonces se cursaban con carácter previo y las aprobó en aquella convocatoria. El verano siguiente –el de 1924– lo dedicó igualmente a los estudios civiles y en septiembre consiguió aprobar –dos de ellas con matrícula de honor– siete asignaturas más de la carrera de Leyes. Era ya subdiácono desde el 14 de

junio, en que fue ordenado por don Miguel de los Santos Díaz Gómara, que por haber sido auxiliar del cardenal desde la muerte de éste residía en Zaragoza en espera de ser preconizado obispo residencial de otra diócesis.

El año 1924 –cada año tuvo su cruz– traería un gran dolor a la vida de Josemaría Escrivá. El 27 de noviembre el obispo auxiliar le comunica el fallecimiento de su padre; un telegrama le urge a acudir a Logroño. Llegó en tren a primeras horas de la noche; en la estación le esperaba un joven oficial del comercio donde trabajaba don José. Le acompañó al domicilio de la familia y le cuenta que su padre, que sufrió un ataque al corazón por la mañana, cuando se disponía a salir de casa hacia el trabajo, había fallecido unas horas después.

Nunca conocí –como es natural– a don José Escrivá, pero quiero referir un sucedido que me ocurrió en Zaragoza hacia el año 1950. Iba un día en el tranvía del Parque camino de la Facultad de Derecho cuando un señor que viajaba en la plataforma de atrás y sin duda me reconoció, trabó una breve conversación conmigo: «Yo –dijo– no conozco al fundador del Opus Dei, a don Josemaría Escrivá; pero conocí y fui amigo de su padre. ¡Y muy santo tendrá que ser el hijo, para ser más santo de lo que fue su padre!». Llegábamos en ese instante a la parada de la Ciudad Universitaria, el tranvía se detuvo y tuve que apearme rápidamente. Aquel señor no me dijo quién era y con la precipitación del momento tampoco yo se lo pregunté. Nunca más volví a verle y por eso ignoro quién pudo ser. Pero aquel episodio me sirvió para descubrir que treinta años después de su muerte había aún en Zaragoza quien conservaba el recuerdo a la heroica virtud de aquel cristiano cabal, hombre de bien y hombre de Dios, que fue don José Escrivá y Corzán.

San Josemaría tuvo siempre profunda veneración hacia su padre, un hombre duramente probado por Dios, en quien veía reproducidos los rasgos de la imagen de Job. Había visto morir, año tras año, a tres de sus hijas, y luego, sin apenas tiempo para tomar aliento, sobrevino la quiebra del negocio que le hizo pasar, después de haber satisfecho hasta el último céntimo todas sus deudas, del bienestar de una desahogada posición económica a la ruina familiar. Tuvo incluso que abandonar Barbastro para marchar a otra ciudad, Logroño, donde un antiguo amigo y colega de profesión le ofreció un modesto trabajo con el que poder sacar adelante a la familia: «Mi padre murió agotado, comentaba más tarde el fundador de la Obra. Tenía una sonrisa en los labios y una simpatía particular». Falleció a los cincuenta y siete años.

Josemaría pasó la noche velando el cadáver de su padre. Era tan precaria la situación económica de la familia que un sacerdote amigo hubo de prestarle el dinero indispensable para sufragar los gastos del entierro. A los pocos días regresó a Zaragoza, donde el 20 de diciembre el obispo don Miguel de los Santos Díaz Gómara le confirió el diaconado. Muerto don José Escrivá, su viuda decidió trasladarse a Zaragoza con sus hijos Carmen y Santiago, para vivir junto a Josemaría en un piso sumamente modesto, alquilado por éste en la calle Urrea, de donde pasarían pronto a otro parecido en la calle de Rufas, y finalmente a un tercero algo mejor en la calle de San Miguel. La familia Escrivá se instaló en Zaragoza en enero de 1925 y Josemaría, diácono ya, pudo dar por primera vez la Sagrada Comunión a su madre en la iglesia de San Carlos.

Llegó por fin el día de la ordenación sacerdotal de Josemaría Escrivá. Terminaba así un capítulo de su vida iniciado siete años antes, cuando las huellas sobre la nieve de los pies descalzos de un carmelita fueron en Logroño la señal cierta de una inequívoca aunque desconocida llamada de Dios. Siendo sacerdote –lo intuyó desde el primer momento– podría ser instrumento más adecuado para la empresa divina a que le destinaba el Señor. Pero los barruntos no se habían todavía transformado en luz y tendría aún que seguir clamando: «¡Señor, que vea! ¡Señor, Señora, que seala!». El 28 de marzo tuvo lugar la ordenación, también en la iglesia de San Carlos, y el consagrante fue de nuevo el obispo Díaz Gómara. Medio siglo más tarde –en 1975–, cuando se cumplían las bodas de oro de aquel día en que Josemaría fue constituido «otro Cristo» –«el mismo Cristo» en la santa misa, renovación del Sacrificio del Calvario–, esa fecha, tres meses antes de su muerte, cayó en Viernes Santo. La huella de la Santa Cruz marcó hasta el final la existencia del fundador del Opus Dei.

La primera misa de un nuevo sacerdote suele ser siempre una fiesta familiar y en ocasiones un acontecimiento social de amplia repercusión popular. No fue así en la primera misa de Josemaría, que celebró en la Santa Capilla del Pilar de Zaragoza el 30 de marzo de 1925, a las diez y media de la mañana. La tarjeta de invitación y recuerdo dice que fue una misa «en sufragio del alma de su padre, don José Escrivá Corzán, que se durmió en el Señor el día 24 de noviembre de 1924», es decir, cuatro meses antes de la ordenación sacerdotal de su hijo. Apenas una docena de personas acudieron al acto, contando a la madre, doña Dolores, sus dos hermanos y un primo con su mujer. Entre esas personas figuraban el rector del seminario, don José López Sierra, y un ilustre catedrático y escritor aragonés, don Juan Moneva y Puyol. Moneva, que había sido profesor de

Josemaría en la Facultad de Derecho le apreciaba mucho y estuvo presente, acompañado de su mujer y de su hija Pilar. Esta última, muy joven entonces, conservó hasta la muerte un vívido recuerdo de aquella primera misa.

El mismo día 30 de marzo, fecha de la primera misa, en la Curia diocesana de Zaragoza se despachaba el nombramiento del recién ordenado sacerdote como regente auxiliar de Perdiguera, un pueblo situado en el extremo occidental de Los Monegros, cuyo cura párroco, enfermo, se hallaba ausente. Es fácil comprender que este inesperado encargo produjera una dolorosa contrariedad a la madre de Josemaría, que había venido a Zaragoza con la hija y el hijo pequeño para tratar de rehacer el hogar de una familia en la que el hijo mayor, por la muerte del padre, había pasado a ser cabeza. Pero el nuevo sacerdote obedeció con la mayor diligencia el mandato de sus superiores eclesiásticos y al día siguiente, 31 de marzo, llegó a Perdiguera para hacerse cargo de la parroquia.

4. De Zaragoza a Madrid

Poco más de mes y medio duró la estancia de don Josemaría Escrivá en Perdiguera al cuidado de la parroquia. Fue un período de tiempo en que ejerció, con plena entrega a su ministerio, el oficio de cura rural. Una primera preocupación hubo de ser, dada la premura de las fechas, la preparación de las solemnidades de la Semana Santa. Disponer al pueblo para el cumplimiento del precepto pascual fue una tarea a la que dedicó largas horas de confesonario. Visitar a los feligreses, atender espiritualmente a los enfermos, bautizar a los niños que nacieron mientras rigió la parroquia, impartir la catequesis a los pequeños, fueron otras de las ocupaciones que absorbieron las horas de cada jornada sin contar la cotidiana dedicación al culto divino, la misa, el rosario y otros actos de piedad que tenían lugar mañana y tarde en la iglesia parroquial. De este período de ministerio en una parroquia campesina –y otro más breve en Fombuena en 1927– don Josemaría guardó un gratísimo recuerdo: «He estado dos veces en parroquias rurales –comentaría al cabo de los años–. ¡Qué alegría cuando me acuerdo!... ¡Me hicieron un bien colosal!».

El 18 de mayo de aquel año 1925 don Josemaría regresó a Zaragoza, donde residiría de modo prácticamente continuo hasta la primavera de 1927. El ministerio eclesiástico que desempeñó fue el ejercicio de una capellanía en la iglesia de San Pedro Nolasco. Uno de sus trabajos apostólicos, una catequesis para niños en el barrio –entonces suburbial– de

Casablanca, en la que trabajaba a su lado un grupo de universitarios. Eran casi todos estudiantes de la Universidad caesaraugustana, donde él cursaba también la carrera de Leyes. Poco pudo hacer don Josemaría en estos estudios en el curso 1924-1925: la muerte de su padre, la ordenación sacerdotal, el tiempo dedicado a ejercer como cura rural en Perdiguera, fueron causa de que en la convocatoria de junio tan sólo pudiera presentarse a examen de una asignatura, Civil II. En el curso 1925-1926 don Josemaría pudo, en cambio, dedicarse con más intensidad a preparar las asignaturas de Derecho que aún tenía pendientes, aproximadamente la mitad de la carrera. Se matriculó como alumno libre oyente para poder acelerar el ritmo de los estudios y así entre las convocatorias de junio y septiembre de 1926 se examinó de todas las asignaturas que le quedaban de la licenciatura en Derecho, salvo de una, que aprobó en la convocatoria extraordinaria de enero de 1927.

La presencia de un estudiante vestido de sotana en las aulas y pasillos de la vieja Universidad de la plaza de la Magdalena no podía pasar inadvertida. Don Josemaría fue además en aquel período un estudiante que asistía a clase con asiduidad y se relacionaba intensamente con sus compañeros. No sentía el menor complejo por su traje eclesiástico y muchos de aquellos estudiantes recordaban al cabo de los años la simpatía, el buen humor del joven sacerdote, que compartía sus afanes y preocupaciones y participaba incluso alegremente en divertidas bromas estudiantiles, propias de una Facultad como aquella, con pocos alumnos, en la que todos se conocían y muchos eran amigos. Y Josemaría procuraba serlo de todos, incluso de aquellos que, por prejuicios ideológicos, le miraron en un primer momento con recelo. «¿Por qué no te vas con los curas?», le dijo uno de ellos en tono abrupto. «Porque quiero estar con vosotros», fue su respuesta, una respuesta que no tenía réplica y ante la que se derrumbaba cualquier prejuicio.

Diez años más tarde, en plena guerra civil, el fundador del Opus Dei se encontró con uno de esos compañeros, don Pascual Galbe Loshuertos. Don Josemaría se hallaba en Barcelona –era el otoño de 1937– para intentar pasar a Francia a través del Pirineo. Supo entonces que don Pascual era magistrado de la Audiencia, fue a verle y le reveló sus planes con toda confianza. El antiguo compañero le advirtió bien a las claras de los graves riesgos a los que se expondría. Estaban charlando en su despacho de la Audiencia y abrió una puerta que daba a la sala donde se estaba juzgando a alguien que había sido detenido al tratar de cruzar la frontera y para el que se solicitaba por ese «delito» la pena de muerte. Don Josemaría insistió

en su decisión de intentar el paso del Pirineo y don Pascual Galbe, al ver que no conseguía disuadirle, le dijo mientras los dos amigos se despedían con un apretado abrazo: «Si te cogen, di que eres hermano mío; así podré intentar hacer algo por ti».

Don Josemaría tuvo también una relación muy cordial con varios de sus profesores, en especial con don Juan Moneva y don Miguel Sancho Izquierdo. A Moneva, que quizá fue a quien más trató en sus años de estudiante, no parece que volviera a verle tras su marcha de Zaragoza, aunque se escribieron periódicamente hasta la muerte de don Juan. La larga vida que tuvo don Miguel Sancho Izquierdo permitió, en cambio, que se encontraran en repetidas ocasiones. En éstas el fundador del Opus Dei le distinguió siempre con particulares muestras de afecto: «¡Mi maestro!», así lo presentaba con orgullo cuantas veces lo encontraba. Los primeros doctorados *honoris causa* por la Universidad de Navarra, de la que san Josemaría era Gran Canciller, fueron otorgados a don Miguel Sancho Izquierdo, rector de la Universidad de Zaragoza cuando inició su andadura el Estudio General de Navarra, y a don Juan Cabrera, que era rector al ser erigido como Universidad el antiguo Estudio General.

Pero volvamos de nuevo la atención al período 1926-1927, el último que don Josemaría pasó en Zaragoza. La muerte del padre —ya se dijo— convirtió al hijo mayor en cabeza de familia, con la madre y los hermanos Carmen y Santiago a su cargo. Tenía necesidad de desarrollar algún trabajo —además del estrictamente eclesiástico— para conseguir unos ingresos que le permitieran sostener a los suyos. El recuerdo de las estrecheces sufridas por sus padres y de esos años de Zaragoza continuados luego en Madrid, es posible que influyera en el hábito de considerar las cosas con la mentalidad de padre de familia pobre —y pronto numerosa— que a los miembros de la Obra les enseñó luego a adquirir. En Zaragoza existía una institución docente prestigiosa, el Instituto Amado, que desarrollaba una amplia actividad: la preparación para las escuelas especiales de Ingeniería, academias militares, Bachillerato, Comercio, facultades de Ciencias, etc. Era director del Instituto el capitán de Infantería don Santiago Amado Lóriga, licenciado en Ciencias y auxiliar excedente de la Facultad. Don Santiago Amado estaba destinado a hacer una brillante carrera castrense, en la que desempeñó entre otros importantes empleos el de director de la Academia General de Zaragoza. Otros miembros del claustro de profesores fueron también personalidades ilustres en el campo de su respectiva especialidad: don Andrés Rivera de la Portilla en la Milicia, como el propio general Amado, y para mencionar sólo algunos nombres de enseñantes en las

ramas de Letras y Ciencias bastará con citar a científicos tan prestigiosos como los profesores Lorenzo Vilas y Juan Martín Sauras, y a dos hombres de Letras tan conocidos como don Joaquín María de Navascués o don Jesús Pabón y Suárez de Urbina, el futuro maestro de la Historia Contemporánea española. En la relación de profesores del Instituto figura en el curso 1926-1927 el nombre de don José María Escrivá, presbítero.

En el Instituto Amado don Josemaría dio clases de Latín y de Derecho. No era el Instituto una mera academia y prueba de ello es no sólo el nivel científico del profesorado sino el hecho de que editara una revista en la que los profesores escribían sobre temas de su especialidad. El joven sacerdote publicó en ella un artículo titulado «La forma del matrimonio en la actual legislación española». La mentalidad de jurista adquirida en la Facultad de Derecho –una mentalidad muy acorde con el talante aragonés– tuvo aquí su primera manifestación escrita.

Pero los años de Zaragoza tocaban a su fin. Josemaría tenía clara conciencia de que Dios quería algo de él aunque los barruntos no hubieran cuajado todavía en luces claras. Y vino a pensar que entre los horizontes más abiertos de la capital hallaría un ambiente más adecuado para poner por obra –cuando llegase a conocerlo– aquel querer de Dios que presentía desde diez años atrás. En Madrid, además, estaba la Universidad Central, la única entonces capacitada para otorgar el grado de doctor, que vendría a rematar la carrera de Leyes. El arzobispo de Zaragoza, don Rigo-berto Doménech, le concedió el oportuno permiso eclesiástico para trasladarse a Madrid por razones de estudios. La madre y los hermanos se instalarían entre tanto en Fonz, junto a mosén Teodoro, el tío sacerdote, hasta que Josemaría encontrase en Madrid los recursos indispensables para mantener allí a la familia. El 20 de abril de 1927 Josemaría Escrivá llegó a la capital de España. Los tiempos de Zaragoza habían terminado. Tenía veinticinco años de edad, necesitaría esperar hasta los veintiséis –hasta el 2 de octubre de 1928– para que naciera el Opus Dei, la empresa que Dios le confiaba.